

Camilo Pino

VALLE ZAMURO

PREMIO CAROLINA CORONADO DE NOVELA
CIUDAD DE ALMENDRALEJO 2010

PRE-TEXTOS
NARRATIVA

Valle Zamuro de CAMILO PINO obtuvo el
Premio Carolina Coronado de Novela, Ciudad de Almendralejo 2010,
con un jurado formado por:

Almudena Grandes
Alonso Guerrero
Benjamín Prado
Espido Freire
José Luis Bernal Salgado
Julián Rodríguez Marcos
Manuel Ramírez



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Diseño gráfico: Pre-Textos (S.G.E.) y *
Ilustración de la cubierta: © José Eugenio Gómez Rodríguez

1ª edición: marzo de 2011

© Camilo Pino, 2011
© de la presente edición:
PRE-TEXTOS, 2011
Luis Santángel, 10
46005 Valencia
www.pre-textos.com

con la colaboración de:
JUNTA DE EXTREMADURA
Presidencia

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ALMENDRALEJO



IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN
ISBN: 978-84-15297-08-6
DEPÓSITO LEGAL: M-11880-2011

ARTEGRAF, S.A. TEL. 91 471 71 00

A mi padre

Un muro de fastidio coronado con pedazos de cólera.

FERNANDO PESSOA

10

Alejandro trató de levantarse, pero volvió a caer dormido. Entonces soñó que llegaba tarde a una reunión y que una secretaria le decía que lo había perdido todo, absolutamente todo.

9

Cuando despertó se preguntó dónde estaba. Le respondieron su equipo de sonido, sus libros de segunda mano y la cajetilla de Belmont vacía, cosas que siempre habían estado allí y que no le interesaban porque se sabía llamado a otras que presentía mejores, en forma de viaje, mujer o lotería.

8

Al levantarse sintió que su cuerpo era fotosensible, sensación que empeoró al darse cuenta de la extensión de su retraso: dos horas y trece minutos.

7

Se puso a maquinar excusas, pero se dio cuenta de que era un lunes de enero. Los lunes de enero no hacen falta excusas, porque lo normal es llegar tarde al trabajo.

6

Lo primero que hizo fue colar café y beber un vaso de agua. Aunque lo niegue, Alejandro es un animal de rutinas.

5

Se manchó los dedos al coger del cenicero un porro a medio fumar.

4

Buscó y encontró un encendedor en la cocina, en el cajón de las cosas que no tienen cajón.

3

Se limpió los dedos con los calzoncillos, encendió el tabaco y le dio una bocanada profunda que le regañó los pulmones.

2

Puso una canción. Le pareció que sonaba como otra canción. Se perdió en la frase “Se me olvidó que te olvidé”.

1

Se asomó a la ventana y vio un zamuro desplomarse de repente, como si lo hubieran apagado en pleno vuelo.

0

Sintió un cosquilleo de miedo en el estómago y, por un instante, lo olvidó todo.

EPIFANÍA

Me gustan los pájaros. No soy un observador enfervorizado, como los miles que visitan la ciudad. Mi interés es una afición inconsecuente, personal. Me gusta verlos, punto. Por eso estoy seguro: ese azulejo no es normal. A media mañana no hay pájaros en el balcón. Las palomas están en la panadería de la esquina, hartándose de migas, y los gorriones vienen temprano, a no ser que llueva. A esta hora no hay pájaros, mucho menos un azulejo, y este azulejo es diferente, parece un cruce entre insecto y mamífero, y es tan pequeño que lo podría coger con la mano. Me mira desde el muro como un bicho poseído. No tiene miedo.

Si estuviera en Roma, en el siglo III antes de Cristo, y un azulejo me abordara de esa manera, como si me quisiera decir algo, entonces sería un augurio. En inglés el azul es el color de la tristeza. Quizás signifique que pronto sentiré tristeza o que es lunes y debería entristecerme por tener que ir al trabajo.

Imagen vergonzosa la del espejo: ojos que revientan, pelo grasoso, el perfecto tronado. Necesito un segundo impulso, quemar tiempo. Nada como una película de Ginger Lynn para comenzar el día postergándolo. Sólo dejo de masturbarme cuando una fiebre me tira en la cama. De las porno que tengo prefiero *Ginger en las rocas*, y en particular una escena en la que le dan de frente. Esa posición, que no me gusta en la vida real, me mata en video. Es como si aquel portento de mujer la hiciera especialmente para mí.

Comienza el ritual. Ginger, que hace de niña rica, se come como helado de champaña la verga del Tom Byron, que hace de galán pobre. Byron la retribuye. Brusco el desempeño del tipo, pero lo que importa aquí es la perfección del sexo de Ginger, rosado, limpio y, tengo que admitirlo, duradero para aguantar esos lengüetazos de albañil. Me masturbo en andante. La imagen de Ginger a cuatro patas, en escorzo, me dispara una descarga eléctrica entre el vientre y el pecho. Sigue un macro de pieles rosadas, lubricadas con aceites naturales, o más bien de tramoya. He visto tanto esta parte que está desteñida. Viene la escena que me gusta, de frente. La retrocedo una, cuatro veces, hasta que acabo y me mancho el muslo derecho con tres gotas semitransparentes, demasiado claras. Quizás ya sea estéril de tantas pajas que me he hecho.

Me tiro boca arriba en la cama, listo para postergar el próximo paso, cuando me interrumpe el aleteo nervioso del azulejo. Persistente y aventurado el coño de madre. Se han metido pájaros en el cuarto, pero nunca un azulejo. Cuando los pájaros entran en la casa se vuelven locos, se dan contra las paredes hasta conseguir una salida, pero este azulejo no choca con nada. Se comporta como si viviera aquí, al punto de instalarse encima de la tele, paralizado. Esto no es normal, este pájaro es diferente, quiere comunicarse. ¿Qué me querrá decir?

El azulejo sale por donde entró y me deja desencajado, como si hubiera apretado un botón. No sé si es la paja, el porro o el pájaro, o todas esas cosas, pero tengo una emoción extraña, casi mística, como si me estuviera transformando en una persona mejor en este instante. Una idea me ilumina, sencilla, liberadora, obvia. Hoy es el día. Hoy renuncio.

LA PIRÁMIDE INVERTIDA

Trabajo en el CCCT, una pirámide invertida que sirve de centro comercial y edificio de oficinas. A veces pienso que el arquitecto diseñó el edificio con el infierno en mente, que en el fondo quería diseñar un crucifijo

invertido y que el olor a chicle y espejo de sus tiendas es el olor del infierno. Pero eso lo pienso cuando estoy fumado, porque, a decir verdad, ni el CCCT ni Luch-singer & Márquez, la agencia de publicidad que me emplea, se parecen al infierno, ni siquiera al purgatorio. Si acaso, y esto es hilar fino, se parecen al limbo, un sitio neutro para almas neutras.

Hay dos personas importantes en la agencia: Ernesto y Belkis. Ernesto es mi amigo, Belkis mi jefa. El resto es predecible, tanto que suena a mentira: un presidente gringo (usa tirantes), un director creativo (corbata de Mickey Mouse), una recepcionista (voz seductora, cara de bagre), y por el estilo. Detalle importante: trabajo en equipo con el Barbas, un diseñador de treinta y ocho años que no ha llegado a director de arte y que efectivamente tiene una barba bien cuidada. Me aterra la idea de terminar como él, pero también como Ernesto, que se incorporó el mismo día que yo y ya llegó a gerente (es que le da al eficiente). Exitosos y fracasados me fastidian por igual.

La imagen que proyecto en la agencia: creativo que no entiende el negocio; un mal necesario. Esa etiqueta me permite ciertas excentricidades, como presentarme en shorts o llegar borracho los viernes por la tarde. En fin, si fuera una persona sensata no renunciaría hoy, o por lo menos eso me dice Ernesto:

—¿Tú estás loco? Tienes el sentido común en el culo. Éste es el peor momento para renunciar que se te puede haber ocurrido. La calle está tan jodida que hasta escasez de pan hay y tú vas a renunciar porque sí. Escasez de pan, ¿cuándo en la vida? Hay inamovilidad laboral, güevón. No te pueden tocar. Si quisieran botarte no podrían y tú vienes a renunciar porque se te ocurrió en la fuma. Un pelo de sentido común, por favor.

—No sé. De verdad, no aguanto más.

—Lo que estás es drogado. ¿Y qué vas a hacer cuando te quedes sin real?

—Ya veré. Me busco otro trabajo, me voy del país.

—Si sales de aquí te vas a volver loco. Por lo menos el trabajo te obliga a tener disciplina. No digas que no te lo dije.

Se lo dije. Yo sabía que iba a pasar. Era tan obvio... No hay nada obvio. Nadie sabe el futuro y ese instinto trágico no es otra cosa que miedo. Renuncio porque puedo.

El día que me contrataron, Belkis me puso una prueba: “Quiero que trabajes en un comercial de la Lotería Capital. El objetivo es aumentar la penetración de marca ahora que la lotería se vende en el interior del país. Piensa un rato y regresa cuando tengas un concepto”. Me senté frente a la máquina de escribir sin que se me ocurriera nada. El Barbas me distraía con su afán de que

tuviéramos una tormenta de ideas, como si las ideas llovieran. En fin, una hora perdida hasta que me di cuenta de que la respuesta la tenía enfrente. Todos soñamos con ganarnos la lotería para liberarnos de nuestras vidas, queremos renunciar al trabajo, a la familia, al club, al apartamento. Ése era el comercial: un tipo como yo, sentado frente a su máquina de escribir en un ambiente de oficina, escucha atento el resultado de la lotería en la radio, ticket en mano. Salen sus números y se da cuenta de que finalmente es libre. Entra en trance, brinca, mira alrededor, coge la máquina de escribir, la alza, gira como lanzador de disco y tira sus siete kilos de plomo por la ventana. Corte a un plano abierto del exterior del edificio. La máquina rompe el vidrio y cae siete pisos. Se oye un alarido: “¡Me gané la lotería!”. Cartel: “Lotería Capital, ahora disponible en todo el país”.

Le conté la idea al Barbas y se emocionó mucho. No tuve que explicársela dos veces para que dibujara la secuencia de los eventos en una cartulina. Su dibujo se parecía tanto a mi visión que me asusté un poco. Era la primera vez que veía a alguien hacer un *story board*.

Belkis alucinó. Nos felicitó por la buena dinámica de equipo, metió el cartón negro en un cajón y nos mandó al cuarto que se suponía que era nuestra oficina, esta vez a matar el tiempo hasta el día del comité,

una reunión con los jefes para evaluar conceptos a la que el Barbas le tenía terror.

En el comité mi contribución se limitó a poner la cara más seria que pude y cruzar miradas profundas con los asistentes, mientras Belkis presentaba el *story board* y el sudor le empapaba los sobacos. Cuando terminó, Justus Cofee, el presidente de la agencia, se levantó y nos felicitó sin darle a nadie la oportunidad de criticar. Según el Barbas eso nunca había pasado, que Justus elogiara un concepto de buenas a primeras. Igual no sirvió de mucho. Nunca produjeron el comercial. La excusa fue que la idea era demasiado urbana, que un edificio y una máquina de escribir eran muy citadinos y no le hablaban al *target group*. La verdad es que al cliente le pareció una mierda. Eso sí, el gesto de Justus me valió la reputación inmediata de genio de la creatividad.

Si me ganara la lotería destruiría la oficina como el tipo del comercial, y desnudo. Aunque, a decir verdad, ahora que estoy decidido a renunciar, no me atrevo. Será la trona.

Estoy frente a la misma máquina de escribir que me inspiró entonces. En lugar de tirarla por la ventana, redacto una carta de renuncia que me queda seca. No es que esté resentido, es que me cuesta concentrarme. Cojo un libro de cartas modelo y copio un párrafo sobre

crecimiento profesional, trabajo en equipo y quedo siempre suyo de usted a los veintitantos días del mes de enero de 1989. Mejor así.

Me asomo a la calle a ver la autopista. Hay momentos, como ahora, en que ver los carros me tranquiliza. Hay otros en los que me produce el efecto contrario, sobre todo si el tráfico está pesado. Todavía no han quitado el San Nicolás luminoso que adorna el edificio en Navidad. El año pasado lo dejaron hasta junio, pero por lo menos lo apagaron. Este año lo encendieron en diciembre y allí sigue, chupando corriente día y noche. Mi ventana da al cuerno de uno de sus renos. Visto de cerca, el cuerno consta de un manajo de bombillos manchados por una especie de alquitrán que proyecta una luz marrón. Cuando paso por la autopista y veo al San Nicolás guindando del edificio, irremediabilmente busco el cuerno de mi ventana y me siento aliviado por no estar allí.

La oficina de Belkis está frente a la mía. Evito saludar al entrar o al salir porque suelo hacerlo a horas incómodas; pero eso no importa ahora. Toco la puerta y entro sin esperar respuesta.

—Belkis, ¿puedes hablar?

—Claro, pasa, pasa. ¿Problemas con la gente de Ovomaltina?

—No, no, nada de eso. Mira... Esto sólo hay una manera de decirlo y es de una vez: Belkis... quiero renunciar. Aquí tengo la carta.

—Ya va, ya va, un momentico. Tú estás como una cabra. Peor de lo que pensaba. Es que no tiene sentido. ¿Pasó algo? ¿La ejecutiva esa de Ovomaltina te tiene loco? Hazme el favor y explícame.

—No ha pasado nada, Belkis. No tengo ningún problema. Renuncio por razones personales. Tengo planes.

—¿Razones personales? Lo único que se me ocurre es que tienes otra oferta. Debes tener una oferta. No puedes estar tan loco.

—No, Belkis, no tengo otra oferta. Es un asunto personal.

—Piénsalo bien, Alejandro. Las cosas están muy mal ahí afuera. Tómame un tiempo y piénsalo. No puedes ser tan impulsivo. Si quieres lo hablamos en una sesión de desarrollo individual.

Mi negativa la destruye, como si se tratara de una ruptura amorosa. Cierro la puerta por si le da por llorar y voy a empacar mis cosas: la colección de santos en miniatura, el diccionario de sinónimos e ideas afines, desbaratado, un par de plumas fuente púrpuras de plástico, docenas de lápices a medio consumir, el reproductor Sanyo, recibos de pago, monedas, aros de llave-

ros sin llaves, revistas en inglés que simulo entender, fotos, papeles doblados, más monedas, clips acumulados en las esquinas de las gavetas. Meto todo en cajas que sé que nunca abriré. Busco una carpeta gruesa, archivada como “Las Lomas”. Allí guardo el borrador de una historia que he estado escribiendo en los momentos de ocio, pero que no he podido terminar. El cuento va así: en 1972 unos hippies gringos y venezolanos dejan la Universidad de Berkeley, en California, decepcionados por el grado de materialización en que ha caído el movimiento. Vienen a fundar una comuna en Boconó, un pueblo bucólico de los Andes que, por aislado, se mantiene en el pasado. Lo escogen porque uno de ellos es de allí y acaba de heredar una hacienda. Después de un viaje accidentado (autoestop, alcabalas, tormentas, hambre), se instalan en la hacienda y se afanan en construir su utopía. De lo más linda: cabañas, templo universal (lo que sea que eso signifique), huertos, un espacio para el cultivo de hongos alucinógenos, todo un sueño hippie. Al principio se llevan bien con los locales, al punto de reclutar a un grupo nutrido, incluida a la hija de un patriarca, Jimena Barazarte. Por supuesto, son hippies y le dan al amor libre, no sólo por principio, sino porque la relación mujeres-hombres es de uno a cuatro. Entonces pasa lo que tiene que pasar: Jimena queda preñada y no se sabe de quién. Llaman

a una reunión para aclarar el asunto, en la que deciden que el niño será hijo de todos y de paso le ponen nombre. Si es niña se llamará Nina, que significa “fuego” en quechua. Si es varón, Rumi, que significa “piedra”. En Boconó no se habla quechua. La futura madre, que no cabe de contenta con lo del nombre, corre a contarles a sus padres en el pueblo. Cree que el poder del amor los ayudará a aceptar la noticia. Por supuesto, sucede lo contrario. Su padre se siente humillado y le da por deprimirse, se encierra en el cuarto, no sale nunca más. La madre queda devastada. En cuestión de dos días se enteran hasta los mendigos y se va armando un sentimiento colectivo de indignación, de afrenta compartida que crece en horda, quema del campamento y muerte accidental de varios hippies, incluida Jimena. Aunque, para ser franco, no estoy seguro del final. Ahora que renuncié tendré tiempo de resolverlo.

En la agencia se corre la voz de que me voy y comienza un desfile de despedidas. Gente que nunca imaginé, hasta del departamento de finanzas, viene a despedirse. Los invito a tomar un trago en La Baguette, un bar-restaurant aquí mismo, en el centro comercial.

“Cerveza Regional, por favor, helada.” No hay como el sabor de la primera cerveza. Belkis me baja la moral con una historia sobre el departamento de recursos humanos y las consecuencias de renunciar sin preavi-

so: “Te quitan prestaciones. Si te aguantas otro mes te salen veinticuatro mil bolívares. Si te vas ahora te tocan siete mil. No es buen momento para renunciar”, insiste, “y todavía podemos resolverlo todo en una sesión de desarrollo personal”.

Segunda ronda. El Barbas está preocupado por mi sustituto. Después de tantas tormentas de ideas siente que hemos establecido una relación sólida, que somos amigos. Declara que siempre podré contar con él y que también tiene ganas de irse, aunque no lo haría sin una oferta en la mesa.

Tercera cerveza. Pura valentía y, con la excepción de Belkis, mis comensales lo aceptan de una vez por todas: van a renunciar un día. Me piden en privado que los espere en la próxima agencia.

Traen tequeños. Los comemos apurados a pesar de que queman la lengua. Los tequeños de La Baguette son de hojaldre y queso fresco. Pedimos más comida: chistorras, pollo a la canasta y champiñones al ajillo. Llegan Justus Cofee y Marcelo Silva, presidente y director creativo. Me había olvidado de ellos.

Justus sonrío; siempre lo hace. Marcelo tiene cara de rayo; siempre la tiene. Quisiera tener poder, que al llegar a una mesa todos callaran y cuidaran sus modales, pero estoy del lado de los que callan y, peor aún, sé que me sale confrontación por haber roto la etiqueta

corporativa y no discutir la renuncia con ellos. El punto de renunciar era precisamente no tener que dar explicaciones.

–Supongo que es demasiado tarde para convencerte de que te quedas –me dice Marcelo, el jefe de mi jefa.

–Pues sí es tarde, aunque quiero que quede claro que esto lo hago por puras razones personales.

–¿Por qué no me dijiste nada?

–Lo decidí esta mañana. Lo hablé con Belkis.

–No seas lerdo. Eres un impulsivo y un cobarde, pero me agarras de buenas. No te voy a dar guerra porque es enero y no hay mucho volumen. Y porque sé lo terco que eres.

Me estrecha la mano y me desea suerte. Justus hace lo propio con acento gringo. No aceptan una cerveza. Tienen que regresar a la oficina. Si fuera un dios griego los condenaría a pasar el resto de sus vidas en una sala de reuniones con una vista hermosa, resolviendo un problema urgentísimo que se complica eternamente a punta de detalles insignificantes, fáciles de resolver.

A Belkis las ganas de trabajar se le pegan como un bostezo. Se despide con un abrazo apretado. Es la primera vez que nos abrazamos. Siento el saco de su cuerpo tibio y ajeno. Me hace prometer que mantendremos el contacto. Supongo que aquí termina la cosa. Ya vendré a buscar mi cheque.